



“El episcopado mexicano”

p. 57-86

Mario Ramírez Rancaño

La reacción mexicana y su exilio durante la Revolución de 1910

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas

Instituto de Investigaciones Sociales/Miguel Ángel Porrúa

2002

472 p.

Cuadros

(Las Ciencias Sociales, Segunda década)

ISBN 970-701-213-7

Formato: PDF

Publicado en línea: 13 de diciembre de 2019

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/396/reaccion_mexicana.html

D. R. © 2019, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



CAPÍTULO III

El episcopado mexicano

MANUEL Ceballos Ramírez ha estudiado en forma brillante el llamado catolicismo social, el impacto de la encíclica *Rerum Novarum* promulgada en 1891 por el Papa León XIII, asimismo los congresos católicos, las semanas sociales, hasta culminar con la fundación en 1911 del Partido Católico Nacional.⁸⁹ Eduardo J. Correa, en un libro escrito en 1914 y dado a la luz hasta 1939, hizo una autocrítica y señaló los errores y aciertos de un partido del cual fue uno de sus artífices: el Partido Católico Nacional.⁹⁰ Por su parte, José Gutiérrez Casillas publicó en 1984 una *Historia de la iglesia en México*, y en sus capítulos X y XI, aborda la situación de la iglesia católica mexicana durante el porfiriato y la Revolución de 1910. Sus datos sobre las personas que encabezaron en estos años tanto los arzobispados como los obispados resultan valiosos para reconstruir la cúpula de la Iglesia católica mexicana.⁹¹ En un libro escrito por el reverendo Francis Clement Kelley, bastante sugestivo y provocativo, como lo es el de *México. El país de los altares ensangrentados*, se lanza un ataque violento sobre Carranza y sus subalternos a los cuales se culpa de consumir la destrucción de las imágenes religiosas, hacer añicos el mobiliario y objetos religiosos, violar monjas, deportar a los sacerdotes e inclusive enviarlos al paredón y a las cárceles.⁹² Lo mismo hizo

⁸⁹ Manuel Ceballos Ramírez, *El catolicismo social: un tercero en discordia*, México, El Colegio de México, 1991.

⁹⁰ Eduardo J. Correa, título citado.

⁹¹ José Gutiérrez Casillas, S.J., *Historia de la Iglesia en México*, México, Porrúa, 1984.

⁹² Francis Clement Kelley, *México, el país de los altares ensangrentados*, México, Polis, 1939.

en otros de sus libros intitulado *Book of red and yellow*.⁹³ Por su parte, Regis Planchet, en su obra *El robo de los bienes de la iglesia ruina de los pueblos* (1939), ataca en forma violenta al canónigo Antonio de J. Paredes, señalándolo de haber sido impuesto por Carranza en el sitial que le pertenecía al arzobispo Mora y del Río, quien entre paréntesis, se encontraba exiliado.⁹⁴ En fechas recientes Roberto Blancarte ha publicado dos libros, uno de los cuales versa sobre la historia de la iglesia católica en México, pero no toca el periodo.⁹⁵

En tales obras se aborda el papel del episcopado mexicano durante el porfiriato, en los inicios de la revolución maderista, el huertismo y la fase posrevolucionaria, pero el carrancismo brilla por su ausencia, excepto las menciones sobre los citados destrozos cometidos por los jefes revolucionarios sobre las iglesias, los conventos y el asesinato de un número desconocido de curas y sus expulsiones del territorio nacional. En cuanto a la suerte de la cúpula de la Iglesia católica, su destierro y retorno al país, existe un vacío que aquí se tratará de subsanar.

¿Pero qué es lo que se entiende por episcopado? Bajo esta denominación se hace referencia al conjunto de arzobispos y obispos. Los primeros eran la máxima autoridad en regiones completas del país; los segundos, una autoridad intermedia y por consiguiente dependían de los arzobispos y en tercer lugar, figuran los curas o sacerdotes de las parroquias diseminadas por todo el país. Para la segunda década del siglo xx, la jerarquía de la Iglesia católica estaba fincada en ocho arzobispados, 22 obispados y un vicariato, el de Baja California. La estructura de la Iglesia se completaba con 4,461 sacerdotes, cantidad de la cual un tercera parte estaba concentrada en tres entidades: 569 en Jalisco, 457 en

⁹³Citado en la obra anterior, página 220.

⁹⁴Regis Planchet, *El robo de los bienes de la iglesia ruina de los pueblos*, México, Polis, 1939. En el tomo v de su *Historia de la iglesia en México*, México, Porrúa, 1992, pp. 407-420, el padre Mariano Cuevas, apenas le dedica 14 páginas al porfiriato y no toca la Revolución mexicana. Jorge Adame Goddard, en su libro *El pensamiento político y social de los católicos mexicanos 1867-1914*, México, UNAM, 1981, no toca el periodo aquí analizado.

⁹⁵Roberto Blancarte, *Historia de la Iglesia católica en México*, México, FCE, 1993.

Michoacán y 431 en el Distrito Federal. Otros aspectos importantes consisten en que en México había 29 seminarios para formar a los curas que atendían a una vasta población de la cual el 99.2 por ciento era católica.⁹⁶ Como se verá más adelante, los arzobispos más importantes eran aquéllos en donde justamente había más sacerdotes y posiblemente un mayor número de seminarios.

LOS ORÍGENES Y LA FORMACIÓN PROFESIONAL

DE LOS OCHO arzobispos, siete estudiaron en Roma, en colegios del más alto nivel, en los que se preparaban para ejercer posiciones de mando en la Iglesia católica. Gregorio Eulogio Gillow, quien ocupaba el arzobispado de Oaxaca, era el más viejo del grupo. Se trata del hijo de un rico joyero y terrateniente inglés, y de la marquesa de la Selva Nevada de México. En 1862 inició sus estudios de Teología en la Universidad Gregoriana y en forma simultánea en la Academia Eclesiástica de Nobles, en donde se preparaban para obispos y cardenales.⁹⁷ Caso semejante sucedió con otros seis arzobispos los cuales estudiaron en forma paralela en la Universidad Gregoriana y en el Colegio Pío Latinoamericano. Se trata de Martín Tritschler y Córdoba, arzobispo de Yucatán, hijo del alemán Martín Tritschler, nacionalizado mexicano, y de Rosa María Córdoba. Nació en San Andrés Chalchicomula, Puebla, en mayo de 1868 y se trasladó a Roma en 1883 para hacer sus estudios.⁹⁸ José

⁹⁶Moisés González Navarro, *Estadísticas sociales del porfiriato 1877-1910*, México, Dirección General de Estadística, 1956, pp. 13 y 19.

⁹⁷Manuel Esparza, *Gillow durante el porfiriato y la revolución en Oaxaca, 1887-1922*, Oaxaca, Secretaría de Administración del Gobierno del Estado de Oaxaca, 1985, p. XXV; Manuel Esparza, "Eulogio Gillow un obispo terrateniente que se opuso a la revolución", en Carlos Martínez Assad (coord.), *Estadistas, caciques y caudillos*, México, Instituto de Investigaciones Sociales-UNAM, 1988, pp. 154-155 y Miguel Ángel Peral, *Diccionario de historia, biografía y geografía del estado de Puebla*, México, PAC, 1972, pp. 177-178.

⁹⁸*Revista Mexicana*, núm. 70, 7 de enero de 1917, sin página, Hernán Menéndez Rodríguez, *Iglesia y poder. Proyectos sociales, alianzas políticas y económicas en Yucatán (1857-1917)*, México, Regiones, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1995, pp. 226-228 y Porfirio Valdés, *Excmo. Monseñor Guillermo Tritschler y Córdoba*, México, Curia del Arzobispado de México, 1964, pp. 13-16. De entre sus siete hermanos, Guillermo y Alfonso, también estudiaron en el Colegio Pío Latinoamericano. En cuanto a Guillermo,

Mora y del Río, arzobispo de México, que nació en Pajacuarán, Michoacán, en febrero de 1854, e inició sus estudios en Roma en 1876;⁹⁹ Ramón Ibarra y González, arzobispo de Puebla, que nació en Olinalá, Guerrero, en octubre de 1853, e ingresó al Colegio Pío Latinoamericano en 1877;¹⁰⁰ Francisco Orozco y Jiménez, arzobispo de Guadalajara, que vio la luz en noviembre de 1864, en Zamora, Michoacán, e inició sus estudios en Roma, en 1876; Francisco Plancarte y Navarrete, arzobispo de Linares, nativo también de Zamora, Michoacán, con fecha de nacimiento del 21 de octubre de 1856, que inició sus estudios en Roma en 1870, y Leopoldo Ruiz y Flores, arzobispo de Michoacán, que nació en Amealco, Estado de México, en noviembre de 1865, y en 1881 se trasladó a Roma para estudiar en el Colegio Pío Latinoamericano y en la Universidad Gregoriana. Algunos de ellos coincidieron en las citadas instituciones, cursando distintos grados.¹⁰¹ Su estancia perduró alrededor de cinco años y después de ello, regresaron a México. Del único que no se sabe si estudió en Roma, es Francisco Mendoza y Herrera, arzobispo de Durango. Ellos formaban la cúpula del episcopado mexicano y sobre ellos centraremos nuestra atención.

Martín Tritschler y Eulogio Gillow eran de “buena cuna”, con apellidos de alcurnia y, por añadidura, descendientes de extranjeros. En cuanto al segundo, por sus venas corría sangre azul. Gillow tiene fama, no del todo cierta, de haber sido un arzobispo mundano, ferviente asistente a las ferias agrícolas y ganaderas internacionales, preocupado más en ocasiones por sus negocios, que

llegó a ser obispo de San Luis Potosí y arzobispo de Monterrey, mientras que Alfonso, renunció a la carrera eclesiástica, dedicándose a la arquitectura. Una de sus hermanas, Rosa María, fue Superiora de la Casa de Caridad de San Felipe, en Guadalajara. También véase a Miguel Ángel Peral, *op. cit.*, p. 352.

⁹⁹*El Figaro*, núm. 52, La Habana, 27 de diciembre de 1914, p. 621.

¹⁰⁰Octaviano Márquez, *Monseñor Ibarra. Biografía del Excmo. señor doctor y maestro D. Ramón Ibarra y González*, México, Jus, 1962, pp. 29, 33 y 37.

¹⁰¹Sobre Francisco Orozco y Jiménez, existe el excelente trabajo de Vicente Camberos Vizcaíno, *Francisco el Grande. Monseñor Francisco Orozco y Jiménez*, t. 1, México, Jus, 1966, p. 234, y en relación con Plancarte y Leopoldo Ruiz, consultar a Octaviano Márquez, *op. cit.*, pp. 35-36. Entre los obispos, estudiaron en el Colegio Pío Latinoamericano y en la Universidad Gregoriana, José Othón Núñez y Atenógenes Silva. Véase a Jorge Adame Goddard, *op. cit.*, p. 185.

MIEMBROS DEL EPISCOPADO QUE ESTUDIARON EN EL
COLEGIO PÍO LATINOAMERICANO

<i>Nombre</i>	<i>Lugar de nacimiento</i>	<i>Sede</i>	<i>Año de ingreso al colegio</i>
<i>Arzobispos</i>			
Martín Tritschler y Córdova	San Andrés Chalchicomula, Puebla	Yucatán	1883
Francisco Plancarte y Navarrete	Zamora, Michoacán	Linares	1870
Leopoldo Ruiz y Flores	Amealco, Estado de México	Morelia	1881
Francisco Orozco y Jiménez	Zamora, Michoacán	Guadalajara	1876
José Mora y del Río	Pajacuarán, Michoacán	México	1876
Ramón Ibarra y González	Olinalá, Guerrero	Puebla	1877
<i>Obispos</i>			
Rafael Amador y Hernández	Chila, Puebla	Huajuapán	1885
Ignacio Montes de Oca y Obregón	Guanajuato, Guanajuato	San Luis Potosí	1860
Juan de Jesús Herrera y Piña	Zamora, Michoacán	Tulancingo	1876
José Othón Núñez y Zárate	Oaxaca, Oaxaca	Zamora	1890
Manuel Fulcheri y Pietrasanta	Distrito Federal	Cuernavaca	1896
Juan Navarrete y Guerrero	Oaxaca, Oaxaca	Sonora	1904

Fuente: Formado con datos de Emeterio Valverde Téllez, *Bio Bibliografía eclesiástica mexicana 1821-1943*, México, Jus, 1949, t. I y II.

Nota: Se excluye a Eulogio Gregorio Gillow, quien estudió en la Academia Eclesiástica de Nobles en Roma y en la Universidad Gregoriana.

por sus feligreses. Al moverse como pez en el agua tanto en el mundo eclesiástico como en el civil y diplomático, durante años fue la persona clave para comunicarse con el Vaticano e incluso estaba destinado a ser el primer Cardenal, no sólo de México, sino de América Latina.¹⁰² Amigo personal de Porfirio Díaz, en 1883 Gillow fue elegido para officiar la misa y casarlo, en segundas nupcias, con Carmelita Romero Rubio, en lugar de Pelagio Antonio Labastida, el arzobispo México, como era de esperarse. Heredero de haciendas en Puebla, Estado de México, a más de adquirir propiedades en Valle Nacional, Gillow era un firme defensor de la propiedad privada, razones más que suficientes para estar del lado del viejo

¹⁰²Manuel Esparza, "Eulogio Gillow, un obispo terrateniente que se opuso a la revolución", en *op. cit.*, pp. 155-156.

régimen. A la postre, se caracterizó por ser un enemigo acérrimo del socialismo y de la Revolución. Al estallar ésta, aliado a Próspero Cahuantzi, formó cuerpos paramilitares para proteger las haciendas de la región de Puebla y Tlaxcala. Con el ascenso de Huerta al poder, Gillow casó a su hijo con la hija del gobernador de Puebla, el general Juan A. Hernández, señal de que continuaba siendo una de las personas bien vistas en el mundo oficial.¹⁰³

Martín Tritschler, llegó a Yucatán en julio de 1900 en calidad de obispo, dependiendo de su paisano, el también poblano Gillow, quien dirigía el arzobispado de Oaxaca. Desde el inicio, resultó ser una persona ambiciosa e hizo todo lo necesario para independizarse y transformar en 1906 su obispado en arzobispado.¹⁰⁴

NUEVAS IDEAS EN EL SENO DE LA IGLESIA CATÓLICA

A PARTIR de la encíclica *Rerum Novarum*, promulgada en 1891 por el Papa León XIII, la iglesia modificó su postura frente a la población y puso especial atención a la problemática social. Su plan era combatir las corrientes socialistas y comunistas en boga, que habían puesto sus ojos en la población trabajadora, prometiéndoles no sólo un mundo distinto, sino mejor y más placentero. Pero también combatía al capitalismo liberal que ejercía una descarnada explotación entre la clase trabajadora. Para el Papa, la Iglesia estaba en condiciones de proponer una tercera vía, más justa y humana, de índole marcadamente social, que a la postre se conoció como la democracia cristiana. Atendiendo a las directrices de la encíclica *Rerum Novarum*, en México se celebraron congresos católicos en Puebla (1903), Morelia (1904), Guadalajara (1906), y Oaxaca (1909); más tres congresos agrícolas (Tulancingo, 1904

¹⁰³En relación con sus fincas en Valle Nacional, véase a Manuel Esparza, *Gillow durante el porfiriato y la revolución*, p. 103; sobre sus nexos con Próspero Cahuantzi, las páginas 104-105; en cuanto al matrimonio de Díaz con Carmen Romero Rubio, la página xxvi, y en relación con el matrimonio de los hijos de Huerta y de Juan A. Hernández, véase a Manuel Esparza, "Eulogio Gillow un obispo terrateniente que se opuso a la revolución", p. 156.

¹⁰⁴Hernán Menéndez Rodríguez, *op. cit.*, pp. 156 y 323-324.



y 1905 y Zamora, 1906), y una semana social en 1908. Entre otras cosas, allí se discutieron cuestiones tales como la educación religiosa, la necesidad de fomentar la prensa católica, la higiene entre la población, el combate al alcoholismo, los medios para combatir el concubinato y el adulterio, la moralización de la servidumbre urbana y rural, el peonaje por deudas, el respeto a la propiedad privada, la creación de las cajas *Raiffeisen*, la sindicalización de los trabajadores católicos, entre otras cuestiones. Se trataba de la incursión de la Iglesia católica en el terreno social, tal como ya lo hacían los protestantes en la zona textil de Puebla y Tlaxcala, y otros grupos opositores al régimen entre los que destacan los magonistas. Involucrados en su labor social, algunos miembros del episcopado mexicano llegaron a simpatizar con la fundación del Partido Católico Nacional en 1911.

Hasta cierto punto, a principios del siglo xx la iglesia hizo esfuerzos por contribuir a resolver los graves problemas económicos y sociales que aquejaban al grueso de la población. Ya no era más una Iglesia preocupada exclusivamente por problemas místicos o espirituales, sino también por el bienestar material de los trabajadores. Si todo lo expuesto es verdadero, al estallido de la Revolución, algunas de sus banderas coincidían con las que agitaban algunos rebeldes. Pero las cosas no resultaron así del todo. Con Madero no hubo mayor complicación ni con Huerta, pero con Carranza estalló una confrontación abierta. Ya en pleno enfrentamiento, quien ejercía el poder utilizaba el argumento de las armas y la disputa terminó por ser desigual.

EN VÍSPERAS DE LA CAÍDA DE MADERO

A MEDIADOS de enero de 1913 se celebró en Zamora, Michoacán, una reunión de trabajadores conocida como la Dieta de Obreros Mexicanos, convocada por el obispo José Othón Núñez, con la asistencia de tres arzobispos: José Mora y del Río, Eulogio Gillow, Leopoldo Ruiz, y tres obispos: Emeterio Valverde, José Othón Núñez Zárate, José María Echeverría y Aguirre, más Francisco Orozco y Jiménez, en su doble carácter, de obispo de Chiapas y

arzobispo de Guadalajara. Para estas fechas, en todo el país era público el descontento contra Madero y la franca labor de sedición entre algunos núcleos civiles y militares. Como varios miembros del Partido Católico participaban en el campo de la política, y figuraban como diputados federales y locales, los asistentes a la Dieta consideraron prudente fijar sus posiciones.

En principio, felicitaban al Partido Católico Nacional, por defender los principios católicos. En segundo lugar, señalaban que el Partido Católico Nacional, debía declararse partidario del sistema de gobierno encabezado por Madero. Aceptaban que si bien los católicos, tenían derecho a proponer determinados cambios, ellos no debían romper el orden vigente. Asimismo, enfatizaban que el papel del Partido Católico Nacional era el de reclamar el cumplimiento de la Constitución, sin pretender reivindicaciones, que exasperaran los ánimos de los opositores del gobierno. Los preladados recomendaban a los diputados federales del Partido Católico Nacional, que siguiendo el ejemplo de sus hermanos de Jalisco, promovieran leyes para elevar el nivel de vida de la clase obrera y proletaria, y mejorar la administración de la justicia. Pasando a otro punto, los preladados denunciaron que en tales días habían llegado a sus oídos, versiones de que algunos agitadores estaban envenenando la mente de muchas personas para convencerlas de sumarse a algunos movimientos sediciosos y rebeldes. Ante ello, los preladados fueron muy claros. Expresaron que prohibían cualquier rebelión contra las autoridades constituidas.¹⁰⁵

VICTORIANO HUERTA EN EL PODER

SEIS SEMANAS después de su ascenso al poder, Victoriano Huerta se presentó al Congreso de la Unión para informar sobre su obra de gobierno, entregando a la mesa directiva un voluminoso documento para que fuese leído por uno de los secretarios. A continuación, pronunció unas frases que causaron estupor. “Señores dipu-

¹⁰⁵El documento aparece reproducido en varias obras. Entre ellas el libro de Eduardo J. Correa, *op. cit.*, pp. 136-137, en forma parcial en el de Vicente Camberos Vizcaíno,

tados y senadores, estamos delante de México, delante del mundo, y lo que más cuenta, delante de Dios.” Desde 1859, en que presidía los destinos del país Benito Juárez, los funcionarios públicos habían borrado el nombre del Todopoderoso de los documentos oficiales, y ahora, Huerta lo resucitaba pasando por encima de los principios laicos. Los congresistas católicos se pusieron de pie y aplaudieron con gran entusiasmo, secundados por el público de las galerías.¹⁰⁶ Bajo este entendido, algunos miembros del episcopado pensaron que tenían vía libre para llevar a cabo toda clase de manifestaciones religiosas.

A finales de 1913, el episcopado mexicano concibió la idea de proclamar pública y solemnemente “la realeza de Cristo, Dios y Señor de los hombres”. El Papa Pío X dio su anuencia y se determinó verificar la consagración el 6 de enero de 1914. La ceremonia se llevó a cabo en forma discreta en todo el país, aunque en la catedral de la ciudad de México, algunos los feligreses lanzaron vivas a Huerta, siendo acallados por el arzobispo Mora y del Río. Estimulados por los resultados del acto, el arzobispo Francisco Orozco y Jiménez, acordó llevar a cabo una manifestación en Guadalajara, que llamó cívico social, en honor del “monarca eterno”, e hizo las gestiones correspondientes ante el gobernador José López Portillo y Rojas. El gobernador se opuso a que se realizara el acto ya que sospechaba, con fundada razón, que lo querían utilizar para romper lanzas contra las Leyes de Reforma. Orozco y Jiménez no dio marcha atrás y fijó el 11 de enero, como la fecha para celebrar la magna manifestación. A las cuatro de la tarde del día señalado, cuando ya había una nutrida concurrencia de católicos, el arzobispo les comunicó que el acto no se llevaría a cabo. La razón: el gobernador se negaba a autorizarla argumentando que los manifestantes portaban insignias religiosas, lo que contravenía las Leyes de Reforma. Pero en el fondo, Orozco y Jiménez no estaba dispuesto a cancelar el acto, y concluyendo que no podía

op. cit., pp. 245-246 y en Alfonso Taracena, *La verdadera Revolución mexicana (1912-1914)*, México, Porrúa, 1991, pp. 156-158. [En lo sucesivo *LVRM* junto con el periodo.]

¹⁰⁶Nemesio García Naranjo, *Memorias*, t. VII, pp. 357-358.

disolver a los concurrentes, presionó al gobernador. Agobiado por la presión, López Portillo solicitó el auxilio del procurador de Justicia, y de dos personas más, para sostenerse en la negativa.

Rotas las pláticas, Orozco y Jiménez dispuso que los niños y las mujeres fueran al frente, los hombres a la retaguardia, e inició la manifestación. En resumidas cuentas, el arzobispo se impuso al gobernador López Portillo. El arzobispo de Guadalajara iba acompañado del arzobispo de Durango, del obispo de Sinaloa, del cabildo en pleno, y de numerosos sacerdotes. Todos retaron abiertamente al gobierno de la entidad y violaron las Leyes de Reforma. Ya enardecidos, los manifestantes entonaron cánticos, alabanzas y vítores al sagrado Corazón de Jesús y a la Virgen de Guadalupe. La policía nada pudo hacer.

Esa misma noche, el gobernador López Portillo hizo la consignación del caso ante los tribunales, acusando a Orozco y Jiménez de rebeldía y soliviantador de multitudes. Pero la prensa católica no se quedó quieta y arremetió contra el gobernador. El semanario *El Guerrillero*, en el número 47, del 18 de enero, publicó una “carta abierta a Victoriano Huerta”, en la cual repetía el reto al gobierno. Expresaba que efectivamente las huestes católicas habían contestado en forma enérgica a la policía y los jacobinos que intentaron detenerlos. Pero luego decía que merecía el título de cobarde y de poco hombre, quien permitiera que se insultara a “su Padre, a su Rey, a su Dios”. Más adelante, aceptaba que durante la manifestación, hubo damas “que se lanzaron como leonas a callar” a los que insultaron “al divino Jesucristo”. En otro de sus números, el semanario enfatizaba: “Católicos perseguidos, católicos encarcelados, damas católicas ofendidas: sonreíd en medio de la tribulación.”¹⁰⁷

Como el escándalo creció, José López Portillo tuvo que dejar la gubernatura y Huerta puso en su lugar a un hombre dispuesto a hacerse respetar. Pero la acusación contra Orozco y Jiménez siguió

¹⁰⁷Vicente Camberos Vizcaíno, *op. cit.*, t. 1, pp. 246-252. Nemesio García Naranjo opina que no hubo permiso para celebrar la manifestación. Véase el tomo VII de su *Memoorias*, pp. 357-359.

su marcha. Se giró una orden de aprehensión y el 19 de mayo, el arzobispo partió hacia la capital de la república, para conjurar las acusaciones relativas a la violación de las Leyes de Reforma. Al llegar a la ciudad de México, se encontró con que los prelados del norte del país, una zona invadida casi totalmente por la Revolución, estaban viviendo aquí, por razones de seguridad. También se enteró de que otros prelados, se habían ido al extranjero.¹⁰⁸

Como primer paso, se acercó a Francisco Elguero y a Perfecto Méndez Padilla, miembros del Partido Católico, a quienes les pidió ayuda para entrevistarse directamente con Huerta. Éstos le señalaron que las personas indicadas para gestionar la cita eran Nemesio García Naranjo y Eduardo Tamariz. Como Tamariz estaba fuera de la ciudad, García Naranjo planteó la petición a Huerta. Huerta contestó que prefería que fuera Tamariz quien solicitara oficialmente la entrevista. Pero en confianza, le dijo algo más: que le iba a poner un alto al arzobispo. Textualmente, le dijo:

Le voy a besar el anillo pastoral, pero después del beso, lo voy a regañar en forma enérgica. Una cosa es que sea el pastor de un rebaño de ovejas y otra muy distinta ha sido su complicidad con los lobos que se dedicaron a morder a un católico. López Portillo dejará de ser el gobernador, pero no para complacer a los revoltosos, sino todo lo contrario, porque no se atrevió a imponerles su autoridad con el rigor debido. Además, necesito advertirle que si estalla un nuevo desorden, el gobernador sustituto no arrojará las fuerzas de la Policía Montada contra los buscabullas, sino que irá directamente al Arzobispado para hacer responsable al doctor Orozco Jiménez de todo lo que pueda suceder.¹⁰⁹

Al día siguiente, llegó a la ciudad de México Eduardo Tamariz y gestionó la ansiada entrevista con Huerta. Al entrar el arzobispo a las oficinas presidenciales, Huerta hizo una genuflexión y

¹⁰⁸ Vicente Camberos Vizcaíno, *op. cit.*, t. I, pp. 260-261.

¹⁰⁹ Nemesio García Naranjo, *Memorias*, t. VII, pp. 360-361.



le besó el anillo pastoral. Lo llamó arzobispo e ilustrísimo señor, confesó que era católico y jalisciense. Hablaron de todo, de las Leyes de Reforma, de los desórdenes, del uso de la fuerza pública, de los lobos, de los pastores, y después de una serie de advertencias que presagiaban un rompimiento, Huerta le dijo al arzobispo que podía regresar a su arquidiócesis, seguro de que las nuevas autoridades no lo molestarían. Al momento de la despedida, su tono fue amable, dobló la rodilla, y repitió el beso sobre el anillo pastoral.¹¹⁰ Según el biógrafo de Orozco y Jiménez, a partir de entonces, sería Huerta quien buscaría al arzobispo en su propia casa en la ciudad de México.¹¹¹

Por esas fechas, ganaba fuerza la idea de que el arzobispo de México, José Mora y del Río, y Huerta, tenían gran entendimiento. Que metido en graves problemas, el ejecutivo federal, le había solicitado un préstamo. Al parece, lo del préstamo fue cierto. Pero la Iglesia adujo que no fue una solicitud sino una exigencia fulminante e imperiosa, bajo el amago de entregar la ciudad de México al saqueo de las fuerzas constitucionalistas. Presionado por esa amenaza, y después de consultarlo con el resto del episcopado, Mora y del Río entregó cincuenta mil pesos.¹¹² Con tales actos, el episcopado selló su suerte. Venustiano Carranza, Álvaro Obregón, Francisco Villa y Pablo González, avanzaban del norte al centro del país, enarbolando banderas anticlericales.

LA SALIDA DEL PAÍS

POR CONSTITUIR la columna vertebral de la Iglesia católica, y supuestamente haber apoyado y facilitado “vastos recursos” a Huerta, para el primer semestre de 1914 el panorama se tornó ensombrecedor para el episcopado, al grado de que la mayor parte de sus miembros, tomaron sus precauciones y huyeron del país, en los mismos barcos que el grueso de los políticos, intelectuales y altos mandos del

¹¹⁰*Ibidem*, pp. 361-364.

¹¹¹Vicente Camberos Vizcaíno, *op. cit.*, t. 1, pp. 262-265.

¹¹²*Ibidem*, pp. 261-262.

ejército. Con ningún obstáculo se toparon en Veracruz u otros puertos para dirigirse tanto a La Habana como a Estados Unidos. La mayoría de los obispos, salieron por el puerto de Veracruz. Al llegar a este puerto, ocupado por los estadounidenses, tuvieron que esperar el arribo de los barcos, disputarse un lugar y la consiguiente fecha de salida. En el ínterin se toparon con la hostilidad de algunas personas que los atacaron por su supuesta filiación huertista.¹¹³

A principios de mayo de 1914 se esparcieron los rumores de que nadie sabía en dónde estaba José Mora y del Río, el arzobispo de México. Algunos afirmaban que había salido de visita a las ciudades de Querétaro, Toluca, Puebla, Aguascalientes, Ciudad Juárez; pero otros, hablaban de que simple y llanamente había dejado el país. La verdad de las cosas es que el lunes 11 de mayo, a primera hora, Mora y del Río, acompañado de Vicente Salazar, dejó su residencia y se dirigió a la estación del ferrocarril mexicano rumbo al puerto de Veracruz, en donde tres días después tomó el vapor *Espagne*, rumbo a Europa. Este barco tocó Nueva York, el puerto francés de Havre y el de Génova, en Italia, en donde desembarcó para encaminarse a Roma, la Ciudad Eterna.

¿Cuál era el motivo de su viaje? Al parecer, según las prácticas del Derecho Canónico, cada cinco años los prelados rendían un informe verbal al Papa sobre la marcha de su respectiva diócesis. Como el plazo había vencido, era urgente que el arzobispo de México se trasladara a Roma, como efectivamente sucedió. Después de rendir su informe, se esperaba que Mora y del Río regresara a México.¹¹⁴ Sólo que transcurrieron junio y julio, y Mora y del Río no regresó. Es más, se empezó a especular que ya no volvería a México, en virtud de que el Papa le había confiado una delicada encomienda que ejercería en una de las capitales europeas. Ello implicaba nombrar un nuevo arzobispo.¹¹⁵ En el ínterin, quedó al frente de la mitra el canónigo Samuel Argüelles.

¹¹³*El Demócrata*, 28 de septiembre de 1914 y Federico Gamboa, en *Mi diario*, t. vi, pp. 183-184 y 186, habla de más de 140 personas.

¹¹⁴*El Imparcial*, 15 de mayo de 1914.

¹¹⁵*El Radical*, 24 de julio de 1914.



Como con el paso de los días el panorama se tornaba ensombrecido, el 16 de julio tres arzobispos y cinco obispos reunidos en la ciudad de México, lanzaron una carta pastoral buscando contener la ira de los carrancistas. Se trata de los arzobispos: Ramón Ibarra y González, de Puebla; Francisco Plancarte y Navarrete, de Linares; y Francisco Orozco y Jiménez, de Guadalajara. Entre los obispos figuraban: Nicolás Pérez Gavilán, de Chihuahua, Ignacio Valdespino y Díaz de Aguascalientes, Francisco Uranga y Sainz de Sinaloa, Emeterio Valverde y Téllez de León y Miguel M. de la Mora, de Zacatecas.

En la citada carta pastoral expresaban que desde tiempo atrás, la Iglesia había tenido cuidado en mostrar respeto y sumisión a las autoridades. ¿Por qué razón? Porque para la Iglesia, cualquier persona que encarnara a la autoridad constituida, era el legítimo gobernante. Recordaron que esta postura no era nueva: ante el grave rumor surgido en enero de 1913, de que se tramaba un complot para derribar a Madero, los preladados reunidos en la gran Dieta de obreros católicos de Zamora, dirigieron una carta colectiva a los dirigentes del Partido Católico, sugiriéndoles que se abstuvieran de participar en rebelión alguna contra las autoridades legítimas, porque simple y sencillamente era un acto ilícito. En segundo lugar, rechazaron que el episcopado mexicano y, algún clérigo en particular, hubieran contribuido con suma alguna para favorecer a algunos de los grupos armados que se batían a lo largo y ancho del país. Esto último, porque carecían de recursos, y los que tenían, apenas bastaban para resolver las necesidades más apremiantes de las diócesis.¹¹⁶ En tercer lugar, aseguraron que ningún miembro del clero estaba levantado en armas y que tampoco eran abastecedores de armamento para la reacción. Para concluir, aseguraban que los carrancistas utilizaban tales banderas en forma marrullera para justificar sus tropelías, vejear a innumerables sacerdotes y monjas, profanar templos y cometer toda suerte de sacrilegios.

¹¹⁶*El Imparcial*, 29 de julio de 1914.

Como en tales momentos ocurría el relevo presidencial, la carta pastoral cayó en el vacío y el episcopado tomó las medidas que el caso ameritaba. En los primeros días de agosto, circuló la absurda historia de que al llegar a la capital de la república, los constitucionales pasarían a cuchillo o arrestarían a los sacerdotes, motivando suma alarma entre el clero metropolitano que, de inmediato, tomó medidas de seguridad extremas. Los sacerdotes extranjeros, más prácticos y previsores, optaron por abandonar el país. En la primera semana de agosto salieron dos trenes rumbo a Veracruz. Uno cargado con un gran número de sacerdotes españoles y franceses, y el otro, con medio centenar de sacerdotes dominicos y maristas, extranjeros y mexicanos.

El 5 de agosto de 1914, Francisco Orozco y Jiménez, en compañía de otros prelados y clérigos, religiosos y monjas, abordaron el ferrocarril mexicano y partieron al puerto de Veracruz.¹¹⁷ Casi a mediados de agosto se hizo público que otra parte del episcopado estaba en el puerto de Veracruz con la mira de embarcarse al destierro. Se trataba de Francisco Plancarte y del citado Francisco Orozco y Jiménez, a más de los obispos, Emeterio Valverde, Francisco Uranga, Ignacio Valdespino y Miguel de la Mora.¹¹⁸ Quiere decir, que salían del país varios de los firmantes de la carta pastoral. Francisco Plancarte y Miguel de la Mora partieron con destino a San Antonio, Texas, y Orozco y Jiménez a La Habana.¹¹⁹

Desde los primeros días de julio, se difundieron noticias alarmantes relativas a la salud del arzobispo Ramón Ibarra y González. Se afirmaba que el prelado había dejado la ciudad de Puebla, buscando atención médica, pero no se especificaba en qué país. Lo que sí se sabía, era que desde tiempo atrás padecía diabetes y una fuerte infección en un pie y otra en un oído. En los meses siguientes, nadie supo dar noticias sobre el lugar en que estaba: si era algún país europeo o bien una ciudad mexicana. Tampoco si estaba siendo atendido por médicos, o simplemente se encontraba escon-

¹¹⁷Vicente Camberos Vizcaíno, *op. cit.*, t. 1, pp. 268 y 271.

¹¹⁸*El Imparcial*, 13 de agosto de 1914.

¹¹⁹Vicente Camberos Vizcaíno, *op. cit.*, t. 1, p. 272.

dido o refugiado.¹²⁰ De Nicolás Pérez Gavilán, por el momento, no se sabe lo que sucedió con él.

Sobre la salida del país del arzobispo de Guadalajara, Francisco Orozco y Jiménez, se tejió toda una historia truculenta. El periódico oficialista *El Liberal*, aseguró que el obispo había salido de México disfrazado, a bordo de un trasatlántico, con un boleto de tercera clase, haciéndose pasar por un ciudadano español que se dirigía a su patria. Lo notable del obispo, del cual en principio no se publicó su nombre, es que llevaba consigo un baúl lleno de oro de caño mexicano, robado a unas monjas.¹²¹ Una semana más tarde el diario aportó otros elementos sobre el misterioso obispo. Señala que, en realidad, se trataba del arzobispo de Guadalajara, Francisco Orozco y Jiménez, al cual en principio no pudo identificar porque se cambió el nombre. De cualquier forma, aporta otros pormenores de su salida del país. Orozco y Jiménez abordó el vapor “María Cristina” en el puerto de Veracruz, llevando consigo una gran caja de libros y documentos. Para ocultar su identidad, se hizo llamar Francisco María Rojas y, a juicio de los viajeros y periodistas, tenía el porte de una persona culta, amable y simpática. Lo que se vuelve a reafirmar, es que llevaba consigo una respetable fortuna, constituida por la dote de tres jóvenes estadounidenses, de elevada condición social, recluidas en un convento de Guadalajara. Para sacar el caudal de México, hizo construir un doble fondo al baúl y lo llenó con monedas de 20 pesos americanos y billetes. Su viaje por mar transcurrió sin novedad y llegó a La Habana. Lo que les llamaba la atención a los viajeros, fue que, no obstante viajar en tercera clase, vistiera como todo un dandy portando alhajas.

Al desembarcar en la isla caribeña el 19 de agosto, se dirigió al Colegio de Belén. Como por tales días había una epidemia de viruela, los padres del convento de Belén consideraron necesario desinfectar el baúl. La ropa fue sacada y, en un movimiento brusco del baúl, cedió el doble fondo desbordándose las monedas de

¹²⁰Octaviano Márquez, *op. cit.*, p. 170 y *El Imparcial*, 10 de julio de 1914.

¹²¹*El Liberal*, 23 de agosto de 1914.

oro y los billetes. Descubierta la identidad del personaje, la prensa especulaba que era probable que Orozco y Jiménez permaneciera en La Habana, para observar el curso de la Revolución.¹²²

Pero un diario editado en Guadalajara fue más sarcástico y dijo que Orozco y Jiménez llegó a La Habana, vestido con traje de charro, acompañado de prófugos políticos. Otros comentarios resultaron ser más hirientes. Por ejemplo, se llegó a decir que Orozco y Jiménez iba acompañado de tres hermosas muchachas vestidas con trajes típicos mexicanos. Las jóvenes mujeres, ex monjitas de un convento de Guadalajara, viajaban porque amaban entrañablemente a su pastor.¹²³

Para Eulogio Gregorio Gillow, arzobispo de Oaxaca, prominente hacendado, tanto en Puebla como en Oaxaca, ferviente defensor de la propiedad privada y enemigo del socialismo, el estallido de la Revolución constituyó todo un desastre. Una prueba de su rechazo a la insurrección lo constituyó el hecho de que, en 1911, tenía a su servicio una partida militar en su hacienda Chiautla ubicada en San Martín Texmelucan, Puebla. Cada vez que salía a recorrer, tanto su castillo como los lagos artificiales, una escolta armada caminaba a su lado. A fin de cuenta, salió del país el 29 de agosto de 1914, rumbo a Los Ángeles, California. No se sabe cuál fue la ruta que siguió, pero en todo caso se trataba de una persona de edad avanzada pues tenía ya 73 años.¹²⁴

Al iniciarse el año 1914, las noticias que llegaban a Yucatán sobre la Revolución y el avance de las tropas constitucionalistas se tornaron alarmantes. En este contexto, el arzobispo Martín Tritschler y Córdoba, promovió una serie de actos religiosos para predisponer a la población católica en contra de los constitucionalistas. Pero Carranza llegó a la capital de la república e inmediatamente envió a Yucatán a Salvador Alvarado, uno de sus procónsules preferidos para extender la Revolución. El arzobispo Martín Tritschler no lo esperó, ni tampoco resolvió una demanda laboral en su contra inter-

¹²²*El Liberal*, 1o. de septiembre de 1914.

¹²³Vicente Camberos Vizcaíno, *op. cit.*, t. 1, pp. 275-276.

¹²⁴Manuel Esparza, *op. cit.*, pp. 105 y 148.

puesta por los trabajadores de la *Revista de Mérida*, una publicación que recién había adquirido, quienes exigían su liquidación, y el 24 de agosto de 1914 emprendió el camino al exilio, acompañado del obispo Mejía y de tres presbíteros más. Su destino: la cercana isla de Cuba.¹²⁵ Instalado en La Habana, Tritschler protestó en forma sistemática por la conducta anticlerical de Salvador Alvarado. En más de una ocasión le manifestó a Carranza que desde su arribó a la península de Yucatán, Salvador Alvarado cometía innumerables atropellos contra los miembros del clero y de sus bienes.¹²⁶ Pero como era de suponerse, sus protestas se apilaron en el escritorio del Primer Jefe y quedaron sin respuesta. Para complicar las cosas, Alvarado impulsó una fuerte campaña desfanatizadora.¹²⁷

Leopoldo Ruiz, arzobispo de Michoacán, también abandonó el país y se estableció en Chicago, en donde escribió una *Historia de la Nueva España*. En el mismo sitio se exilió el arzobispo de Linares, Francisco Plancarte quien, por su parte, escribió una *Historia antigua de México*.¹²⁸

En cuanto al arzobispo de Durango, monseñor Francisco Mendoza y Herrera, su suerte fue de lo más disímula. A mediados de 1913, la ciudad de Durango fue sitiada por las tropas de Tomás Urbina, quien apenas tomó su control, se abocó a atrapar a los miembros de las fuerzas del orden conocida como la Defensa Social, para fusilarlas. Como el terror cundió entre los habitantes, el arzobispo se entrevistó con Urbina para pedirle clemencia y que no asesinara a los miembros de la citada Defensa. De cualquier forma, las tropas revolucionarias saquearon las casas de las familias acomodadas, el comercio y la catedral. Al año siguiente, Mendoza y Herrera fue aprehendido y llevado a penitenciaría en donde fue recluido por unos días, y al ser puesto en libertad, se le exigió abandonar, tanto la ciudad como el país. En vista de ello se

¹²⁵ Hernán Menéndez Rodríguez, *op. cit.*, p. 357.

¹²⁶ *Ibidem*, pp. 384-385.

¹²⁷ *Ibidem*, p. 391.

¹²⁸ Antimaco Sax, *op. cit.*, p. 14.

dirigió a Los Ángeles, California, en donde permaneció los siguientes cinco años.¹²⁹

En síntesis: tanto los arzobispos como los obispos se dirigieron a San Antonio, Texas, Chicago, Los Ángeles, Nueva York y, en menor medida, a La Habana. En cuanto a sus recursos para subsistir, la propaganda carrancista hablaba de ellos como auténticos potentados que además de dedicarse al ocio en el exilio, se pasaban el tiempo tramando la contrarrevolución. Sin negar que algunos de ellos mostraron simpatías hacia determinados planes o grupos contrarrevolucionarios, en su mayor parte se abocaron al ejercicio de una importante labor social. Sucede que al poco tiempo, un número elevado de exiliados quedaron sumidos en la miseria al grado de que los prelados y, algunas damas, montaron una cruzada para recabar fondos y con ellos aliviar sus penas. Los miembros del episcopado que supuestamente cargaron con maletas repletas de joyas, oro y dinero, parecen ser más el producto de la fantasía que de la realidad. En cuanto a los sacerdotes que permanecieron en el país, su suerte fue incierta. En ocasiones, y dependiendo de la zona y del jefe carrancista, pagaron cara su falta de previsión y fueron víctimas de la maledicencia. Lo mismo sucedió con las monjas que sufrieron en carne propia la ira y los desmanes de los triunfadores. En cuanto a las iglesias, hubo saqueo, destrucción de imágenes, robo de mobiliario y la habilitación de las iglesias como cuarteles y escuelas. No fue raro que la madera de los púlpitos se utilizara como combustible y la misma suerte corrieron los libros religiosos. En este contexto, es probable que algunos curas hayan considerado prudente retornar a la vida civil, o bien tomar las armas para sumarse a alguno de los bandos en pugna.

Se tiene la certeza que nueve obispos se expatriaron. De ellos, ocho se exiliaron en Estados Unidos: José Juan Herrera y Piña, Ignacio Valdespino, Miguel M. De la Mora, Maximino Ruiz y Flores, Francisco Uranga y Sáenz, Juan María Navarrete, Emeterio

¹²⁹José Ignacio Gallegos G., *La historia de la iglesia en Durango*, México, Jus, 1969, pp. 281-282. José Gutiérrez Casillas asegura que el arzobispo estuvo preso en Zamora y en Morelia y que fue maltratado. Véase su obra citada, p. 414.



EL EPISCOPADO MEXICANO

<i>Arzobispos</i>	<i>Periodo en el cargo</i>	<i>Lugar del destierro</i>
I. México: José Mora y del Río	1908-1928	La Habana, Cuba
II. Michoacán: Leopoldo Ruiz y Flores	1911-1937	Chicago, Estados Unidos
III. Guadalajara: Francisco Orozco y Jiménez	1912-1936	Europa y Estado Unidos
IV. Oaxaca: Eulogio Gillow y Zavalza*	1887-1922	Estados Unidos
V. Durango: Francisco Mendoza y Herrera	1909-1923	Estados Unidos
VI. Puebla: Ramón Ibarra y González*	1902-1917	Permaneció en México
VII. Linares: Francisco Plancarte	1911-1920	Estados Unidos
VIII. Yucatán: Martín Tritschler y Córdova*	1900-1942	La Habana, Cuba
Obispos dependientes del arzobispado de México		
1. Cuernavaca: Manuel Fulcheri	1912-1922	
2. Chilapa: Francisco Campos Ángeles	1907-1923	
3. Tulancingo: José Juan Herrera y Piña	1907-1921	Estados Unidos
4. Veracruz: Joaquín Arcadio Pagaza	1895-1918	
Obispos dependientes del arzobispado de Michoacán		
5. León: Emeterio Valverde Téllez	1909-1948	Estados Unidos
6. Querétaro: Manuel Rivera Muñoz	1908-1914	
7. Zamora: José Othón Núñez y Zárate	1909-1922	
Obispos dependientes del arzobispado de Guadalajara		
8. Aguascalientes: Ignacio Valdespino	1913-1928	Estados Unidos
9. Colima. Amador Velasco y Peña	1903-1949	
10. Tepic: Andrés Segura y Domínguez	1906-1918	
11. Zacatecas: Miguel M. de la Mora	1911-1922	Estados Unidos
Obispos dependientes del arzobispado de Oaxaca		
12. Chiapas: Maximino Ruiz y Flores	1913-1920	Estados Unidos y Guatemala
13. Tehuantepec: Ignacio Placencia y Moreira	1907-1922	
Obispos dependientes del arzobispado de Durango		
14. Chihuahua: Nicolás Pérez Gavilán	1902-1919	
15. Sinaloa: Francisco Uranga Sáenz	1903-1919	Estados Unidos
16. Sonora: Ignacio Valdespino y Díaz Juan María Navarrete	1902-1913 1919 en adelante	Estados Unidos
Obispos dependientes del arzobispado de Linares		
17. Saltillo: Jesús María Echeverría y Aguirre	1904-1955	Estados Unidos
18. San Luis Potosí: Ignacio Montes de Oca y Obregón	1884-1921	España

19. Tamaulipas: José de Jesús Guzmán Sánchez	1909-1914
Obispos dependientes del arzobispado de Puebla	
20. Huajuapán de León: Rafael Amador Hernández	1903-1923
Obispos dependientes del arzobispado de Yucatán	
21. Campeche: Vicente Castellanos y Núñez	1912-1921
22. Tabasco: Antonio Hernández y Rodríguez	1912-1922
Vicariato de Baja California	

Fuente: Tabla formada con datos de José Gutiérrez Casillas, S.J., *Historia de la iglesia en México*, México, Porrúa, 1984, pp. 346-351, *El Universal*, 23 de noviembre de 1919, Federico Gamboa, *Mi diario VI (1912-1919)*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1995 y Antimaco Sax, *Los mexicanos en el destierro*, San Antonio, Texas, 1916. Los datos se cotejaron con el libro de Emeterio Valverde Téllez, *Bio Bibliografía eclesiástica mexicana*, México, Jus, 1949, t. I y II.

*En 1887 Eulogio Gillow fue preconizado obispo y en 1891 arzobispo.

En 1902 Ramón Ibarra y González fue preconizado obispo y en 1903 arzobispo.

En 1900 Martín Tritschler fue preconizado obispo y en 1906 arzobispo.

Valverde Téllez y Jesús María Echeverría y Aguirre. El noveno, Ignacio Montes de Oca, se refugió en España. Dos fallecieron en vísperas de la llegada de Carranza a la ciudad de México y las diócesis permanecieron vacantes hasta el año de 1919, en que se designaron a sus sucesores. Otros seis permanecieron en México, y nada se sabe sobre los cinco restantes.

Los que fallecieron en vísperas del triunfo de los constitucionales fueron el obispo de Querétaro, Manuel Rivera y Muñoz, quien murió en mayo de 1914.¹³⁰ El otro, fue José de Jesús Guzmán y Sánchez Obispo de Tamaulipas, cuyo deceso se registró en enero de 1914.¹³¹

El 15 de abril de 1914, José Juan de Herrera y Piña, obispo de Tulancingo, decidió viajar a Roma para visitar a su Santidad, el Papa Benedicto XV. De Roma emprendió una peregrinación a Tierra Santa junto con un grupo de feligreses mexicanos. Después

¹³⁰Emeterio Valverde Téllez, *Bio Bibliografía eclesiástica mexicana (1821-1943)*, México, Jus, 1949, t. I, p. 142 y t. II, p. 265. El obispo fue sustituido por Francisco Bane-gas Galván, pero hasta el año de 1919.

¹³¹Emeterio Valverde Téllez, *op. cit.*, t. I, p. 382 y t. II, p. 205. El sustituto de este obispo fue designado hasta 1919.

de visitar algunos países de Europa y Asia, decidió regresar al nuevo mundo, pero al llegar a La Habana recibió noticias desalentadoras sobre el curso anticlerical de la Revolución mexicana. Sus informantes le describieron un México sumido en la desolación y en la catástrofe, en el que campeaba la persecución religiosa. Pero lo más grave: no podía entrar a su patria. Por tales razones, y al igual que otros miembros del episcopado, tuvo que permanecer en el exilio.¹³²

Ignacio Montes de Oca y Obregón salió para Europa en julio de 1914; permaneció algunos días en la Ciudad Eterna, pero al estallar la primera guerra mundial se dirigió a España, en donde pasó largas temporadas en los palacios de sus amigos nobles. En octubre de 1913, Francisco Uranga y Sáenz, obispo de Sinaloa, salió de su diócesis, y se refugió en Guadalajara en donde permaneció hasta marzo de 1914. Luego se dirigió a la ciudad de México, donde suscribió la carta pastoral colectiva del 16 de julio de ese año. En agosto salió con otros prelados al destierro a Estados Unidos.¹³³ En 1914, Juan Navarrete y Guerrero era vicario general en Aguascalientes. De cualquier forma, abandonó la diócesis pasando por Torreón y luego se dirigió a Estados Unidos. Permaneció unos meses en Galveston como encargado de la colonia mexicana y, por orden de monseñor Valdespino, pasó a Chicago en calidad de secretario de monseñor Kelly, presidente de la *Catholic Church Extension Society*. Más tarde, impartió las cátedras de Sagrada Escritura, Elocuencia Sagrada y Sociología, en el seminario de Castroville.¹³⁴

Entre la media docena de obispos que permanecieron en México figura Joaquín Arcadio Pagaza, obispo de Veracruz. Para prevenirse de un desaguisado, el obispo se escondió entre montes y barrancas, hasta que fue capturado y llevado preso a Veracruz. Allí Venustiano Carranza se mostró muy condescendiente y le dio

¹³²Emeterio Valverde Téllez, *Bio Bibliografía eclesiástica mexicana*, México, Jus, 1949, t. I, pp. 388-389 y el t. II, p. 289.

¹³³*Ibidem*, t. II, p. 350.

¹³⁴Emeterio Valverde Téllez, t. II, p. 170.

un salvoconducto para volver a Jalapa, pero el general Agustín Millán, lo desterró del estado de Veracruz. Se refugió entonces en la capital de la república, donde permaneció casi dos meses hasta que Carranza movió las influencias que le permitieron regresar nuevamente a Jalapa.¹³⁵ Durante cuatro años soportó la política anticlerical carrancista, hasta su muerte, ocurrida en Jalapa en septiembre de 1918. La prensa resaltó que, a diferencia del resto de los preladados, Pagaza jamás se mezcló en asuntos políticos ni manipuló a sus fieles para que atacaran al gobierno de Carranza.¹³⁶

Andrés Segura y Domínguez, obispo de Tepic, también permaneció en México. En 1914, mediante los más fútiles pretextos, Álvaro Obregón dispuso que fuera encerrado en la penitenciaría de Tepic, donde fue recluido hasta mediados de noviembre. A partir de entonces, lo liberó con la condición de que se presentara diariamente a la Jefatura de Operaciones Militares. Por tales días, la zona fue invadida por una epidemia de paludismo que contagió al obispo, y de la cual jamás sanó. Reticente a abandonar a su grey, fue convencido por los médicos para que se trasladara a Guadalajara en busca de mejor clima. De cualquier forma, su salud se deterioró, y murió el 13 de agosto de 1918.¹³⁷

Con motivo de la postura anticlerical del constitucionalismo, Nicolás Pérez Gavilán y Echeverría, obispo de Chihuahua, se refugió en la capital de la República, en donde como se vio, firmó la carta pastoral de julio de 1914. No se expatrió y pasó los años postreros de su vida muy enfermo y paralítico. Falleció el 3 de diciembre de 1919 en su sede episcopal, a la edad de 63 años.¹³⁸

Ignacio Placencia y Moreira, obispo de Tehuantepec, salió de su diócesis el 3 de mayo de 1914, para atender una invitación que le hizo un ex discípulo, cura de una de las parroquias foráneas de Guadalajara. En este lugar le sorprendió la entrada de los revolucionarios.

¹³⁵*Ibidem*, p. 215.

¹³⁶*Excelsior*, 10 y 12 de septiembre de 1918 y *El Universal*, 12 de septiembre de 1918. Federico Gamboa, *Mi diario*, t. vi, pp. 556-557.

¹³⁷Emeterio Valverde Téllez, *op. cit.*, t. II, pp. 300-301.

¹³⁸*Ibidem*, p. 225.

rios y se refugió en la capital del estado. Al ser invadida también la ciudad por las tropas carrancistas, y sabiendo que eran aprehendidos y encarcelados muchos sacerdotes, se retiró a Zapopan. Al regresar a Guadalajara, fue capturado por los soldados quienes lo enviaron a la prisión durante seis días. No se sabe qué pasó en los años siguientes, ya que regresó a su diócesis hasta febrero de 1919.¹³⁹ En una ocasión, José Othón Núñez y Zárata, obispo de Zamora, fue encarado por un jefe rebelde quien le exigió determinada cantidad de dinero. Como no la tenía, entre 1916 y 1917, tuvo que abandonar su diócesis y refugiarse en diversos ranchos de la sierra oaxaqueña. En el primer semestre de 1918 apareció en Guadalajara, desde donde expidió diversas medidas para atender a su diócesis, y luego se radicó en la ciudad de México. Fue hasta enero de 1920 que regresó a Zamora.¹⁴⁰

Al finalizar el año de 1912, Manuel Fulcheri y Pietrasanta, obispo de Cuernavaca, asumió el gobierno de la diócesis de Cuernavaca. Le tocó ver la destrucción de la obra de sus predecesores, y no pudo desarrollar sus propios proyectos debido a los estragos provocados por la Revolución zapatista y después por el anticlericalismo de Carranza. Tuvo que ausentarse de su diócesis, a la que volvió hasta febrero de 1919.¹⁴¹ No se sabe cuál fue la suerte de los cinco obispos faltantes: Francisco Campos Ángeles, Vicente Castellanos y Núñez, José Amador Velasco y Peña, Rafael Amador Hernández, y Antonio Hernández y Rodríguez.

LA LLEGADA DE CARRANZA A LA CAPITAL DE LA REPÚBLICA

A MEDIADOS de agosto de 1914, Carranza y sus tropas llegaron a la capital de la república y de inmediato se registraron cambios en el arzobispado de la ciudad de México. Carranza sabía muy bien que desde tres meses antes, Mora y del Río estaba en Europa, y que

¹³⁹ *Ibidem*, p. 231.

¹⁴⁰ *Ibidem*, p. 177.

¹⁴¹ *Ibidem*, t. 1, p. 311.



había dejado al vicario Samuel Argüelles como encargado de la arquidiócesis. Como una muestra de la animadversión que le guardaba, Carranza promovió la sustitución de Argüelles y en su lugar se impuso al canónigo Antonio de J. Paredes. Esto ocurrió el 20 de agosto de 1914, el mismo día en que Carranza se instaló en el Palacio Nacional. A partir de entonces, cuando tuvo necesidad de tratar asuntos de la Iglesia católica, lo hizo con una persona de su agrado y no con la designada por Mora y del Río. Naturalmente, todo esto se supo, nada se ocultó. Con el paso de los días, otros datos salieron a la luz pública, entre ellos, que la persona que instrumentó tal cambio había sido el gobernador del Distrito, Alfredo Robles Domínguez, quien junto con el inspector general de Policía, le dieron posesión del cargo.¹⁴² Así, Antonio de J. Paredes asumió el puesto, con cierta reticencia de la población católica. Los periodistas no tardaron en interrogarlo para conocer la verdad, pero Paredes se limitó a dar respuestas ambiguas. Lo que sí dejó en claro, era que sobre todas las diferencias, estaba decidido a predicar entre los feligreses el respeto a las autoridades carrancistas y a orar por la urgente pacificación del país.

En forma paralela, ocurrió otro suceso que provocó mayor confusión en el seno de la iglesia católica mexicana. A finales de agosto de 1914, falleció el Papa Pío X, y al iniciarse septiembre, se designó uno nuevo: Benedicto XV.¹⁴³ Apenas asumió el pontificado, se empezó a rumorar en México que el nuevo Papa no estaba del todo contento con que el episcopado hubiera tomado el camino del exilio. También, que debido a ello, Roma no pudo comunicar oficialmente el deceso del Sumo Pontífice. La razón: no había un arzobispo u obispo mexicano a quien transmitirle la noticia. En realidad había varios, pero ninguno se atrevió a sacar abiertamente la cara por temor a que Carranza los atrapara, fusilara o desterrara. Para complicar las cosas, Roma no dio visos de reconocér a Antonio de J. Paredes como vicario general de la Mitra capitalina que, se decía,

¹⁴² *El Liberal*, 19 de agosto de 1914 y *El País*, 20 de agosto de 1914.

¹⁴³ *El País*, 21 de agosto de 1914.

impuso Carranza, e incluso se hablaba de un posible cisma.¹⁴⁴ Pero no obstante el apoyo de Carranza, Antonio de J. Paredes no se libró de que en febrero de 1915, Obregón lo encarcelara por no aportarle medio millón de pesos destinados a mitigar el hambre de los sectores populares de la ciudad de México.

Mientras tanto, José Mora y del Río dejó Roma y en España abordó el buque Alfonso XIII, con el propósito de llegar a suelo mexicano. A mediados de septiembre llegó a La Habana, en donde desembarcó. Aquí, había un mensaje para él, y al leerlo, meditó y consideró que lo más prudente era permanecer en la isla. A fin de cuenta hizo lo correcto, puesto que el 23 de septiembre *El Heraldo de Cuba* publicó un cablegrama procedente de la ciudad de México, en el que Carranza le hacía graves acusaciones. No sólo lo señalaba con índice de fuego como uno de los más firmes apoyos de Victoriano Huerta, sino de haberle aportado dinero en abundancia, sin contar con una propaganda tenaz ejercida desde el púlpito. Pero en particular, señaló un suceso: durante una ceremonia celebrada en la Catedral, se cometió la osadía de lanzarle vivas a Huerta. José Mora y del Río no dudó en rechazar la acusación publicada en la prensa cubana. No sólo negó que hubiera sido un baluarte Huerta, sino que le hubiera aportado dinero, y mucho menos realizado propaganda en su favor. Aceptó que si bien en la ceremonia verificada el 11 de enero de 1914, en homenaje al Sagrado Corazón de Jesús, alguien lanzó un viva al general Huerta, la persona fue inmediatamente sometida al orden. Ello explicaba que su decisión de quedarse en La Habana resultó acertada, para no exponerse a una posible represalia en la ciudad de México.¹⁴⁵

Para entonces, la prensa cubana estaba sumamente interesada en lo que sucedía en México. Algunos diarios lamentaban que México hubiera quedado sumido en la guerra civil, la cual había tomado un matiz antirreligioso expresado en la profanación de templos, la persecución y el destierro de sus ministros. Pruebas de

¹⁴⁴*El Liberal*, 3 de septiembre de 1914.

¹⁴⁵*El Heraldo de Cuba*, 27 de septiembre de 1914.

ello sobaban: innumerables sacerdotes y civiles llegaban a Cuba demandando hospitalidad. El 12 de octubre de 1914, con motivo de la celebración del XIX Aniversario de la Coronación de la Virgen de Guadalupe, se reunieron en la iglesia de Nuestra Señora de la Merced innumerables sacerdotes para orar por la paz en México. La iglesia, con cupo para 5,000 personas, resultó insuficiente para albergar al doble de feligreses. La ceremonia estuvo presidida por un prelado cubano, secundado por los arzobispos de México y de Yucatán allí desterrados: José Mora y del Río y Martín Tritschler. Además, figuraban Ignacio González, Carlos J. Mejía y Lagunes, Obispo de Cina de Galacia, Samuel Arguelles, vicario general de México, Manuel Reinoso, vicario capitular de Querétaro, Francisco García Fernández, vicario general de Campeche, Francisco Banegas, gobernador eclesiástico de Veracruz, además del secretario de la Mitra de Puebla. En el sermón se habló sobre el amor a la patria y lo cruel del destierro.¹⁴⁶

¿POR QUÉ SALIÓ EXILIADO EL EPISCOPADO?

ANTES DE continuar, habría que dejar en claro varias cuestiones. Carranza y sus subalternos aseguraban que el episcopado mexicano no sólo apoyó políticamente a Huerta, sino que le aportó fondos cuantiosos. Según José C. Valadés, Huerta le solicitó al clero capitularino un millón de pesos y éste “algo le dio”. Detalla que tan pronto como el secretario de Hacienda le comunicó tal petición al arzobispo José Mora y del Río, éste se negó y pidió la intervención del presidente del Partido Católico, sólo que Huerta reiteró que la Iglesia debía entregarle los fondos que tuviera a la mano, sin excusas ni pretextos. No se conocen documentos que permitan conocer la suma exacta entregada por el clero, pero al decir de Valadés, el dinero se agotó en los últimos días de enero de 1914.¹⁴⁷ El suceso llegó

¹⁴⁶El *Diario de la Marina*, 12 de octubre de 1914.

¹⁴⁷Se dice que para seguir sosteniendo los gastos de guerra, Huerta le impuso al clero un préstamo de un millón de pesos. Tan pronto como el secretario de Hacienda se lo comunicó a la arquidiócesis, Mora y del Río pidió la intervención del presidente del Par-

a oídos de los constitucionalistas, quienes meses más tarde lo explotaron como prueba fehaciente del apoyo de la Iglesia a Huerta. Pero no todo quedó ahí: a la postre, innumerables historiadores tomaron al pie de la letra tal versión y contribuyeron a forjar la leyenda negra sobre la Iglesia católica. Para robustecer la fobia carrancista, se agregaron otros ingredientes. Uno de ellos indica que el clero se levantó en armas contra los constitucionalistas y que convirtió a las iglesias en auténticos depósitos de armas. Todo esto sin descartar que algunos sacerdotes también tomaron las armas y dirigieron los combates en las filas de la reacción, razón por la cual resultaron castigados.

Pero hubo otro dato que contribuyó a labrar una imagen adversa de la Iglesia católica. Ocurre que en 1912 diversos militantes del Partido Católico figuraron como diputados en el Congreso de la Unión, y al año siguiente algunos fueron llamados por Huerta para integrarse a su gabinete. Al ser disuelto el Congreso de la Unión en octubre de 1913, Huerta formó una nueva versión de la misma legislatura e incluyó a una parte de los anteriores diputados, y a otros militantes del Partido Católico. Algunos aceptaron la encomienda, no tanto porque simpatizaran con Huerta, sino porque ansiaban el retorno de la paz en el país. Naturalmente hubo quienes sí simpatizaban con Huerta. Pero ya fuera una u otra la razón, lo cierto es que al caer Huerta, todos cargaron por igual con el estigma de haber sido huertistas.¹⁴⁸

Por si ello no fuera suficiente, casi de inmediato Carranza hizo circular sus puntos de vista en el exterior. Sus agentes y propagandistas repitieron que la Iglesia había jugado un papel con-

tido Católico, pero el general se negó a escuchar las disculpas y reiteró que la Iglesia debía entregarle los fondos que tuviera a la mano, sin excusas ni pretextos. José C. Valadés, *Historia general de la Revolución mexicana. La violencia como sistema*, t. 3, México, Sep-Gemika, 1985, pp. 235-236.

¹⁴⁸Véase el *Diario de los Debates de la Cámara de Senadores*, 18 de noviembre de 1913, pp. 2-15, y el número del 19 de noviembre, p. 2. Asimismo consultar el *Diario de los Debates de la Cámara de Diputados*, 18 de noviembre de 1913, pp. 1-8 y de la misma fuente, la edición del 24 de noviembre de 1913, p. 11. De hecho la afirmación de Jean Meyer en su “prólogo”, al libro de Eduardo J. Correa, *op. cit.*, p. 13, va en el mismo sentido.

trarrevolucionario y que había que castigarla. La resultante inmediata fue que se produjo un fuerte impacto entre los altos círculos del gobierno y el Vaticano. Al parecer, León X y luego su sucesor, Benedicto XV, comulgaban con esta versión, la cual iba en detrimento de la cúpula de la Iglesia católica mexicana. Para concluir, el Papa jamás estuvo de acuerdo en que el episcopado hubiera abandonado el país y por consiguiente a su feligresía. En vista de lo expuesto, en los meses siguientes, el Papa utilizó diversos medios para reunir información y formarse una idea cabal de Carranza, sobre si tenía razón o no en su postura, así como del verdadero grado de inocencia o culpabilidad de los altos cuadros de la Iglesia católica mexicana. En un segundo momento, buscó apaciguar los ánimos de los arzobispos más combativos, que entre paréntesis, los había señalados abiertamente de haber sido cómplices de Huerta. Pero como por el momento el conflicto estaba al rojo vivo, el Papa consideró necesario esperar unos años y, cuando lo consideró prudente, utilizó los servicios de un emisario para negociar con Carranza la reconciliación con la Iglesia.

En forma sorprendente, Jean Meyer, asegura que en 1913, Leopoldo Ruiz y Flores, arzobispo de Michoacán, condenó el golpe de Estado consumado por Félix Díaz, Manuel Mondragón, Cecilio Ocón, Bernardo Reyes, Huerta y otros.¹⁴⁹ Una condena que pudo haber reivindicado al episcopado mexicano ante los ojos de los constitucionalistas. La afirmación resulta sorprendente ya que Leopoldo Ruiz, junto con Francisco Orozco y Jiménez, y el obispo Miguel de la Mora, formaban la línea dura del episcopado, el ala opositora que estaba dispuesta a luchar contra Carranza, aún a costa de perder la vida. Y esto no eran simples bravatas. En los años siguientes defendieron sus puntos de vista por medio de pastorales, protestas y rechazando diversas medidas dictadas por Carranza, hasta concluir con su retorno a suelo mexicano, sin pedir autorización o permiso alguno.

¹⁴⁹Jean Meyer, "Prólogo", al libro de Eduardo J. Correa, *op. cit.*, p. 15.



Ahora bien, ¿Qué habría pasado si Carranza atrapa a un arzobispo o a un obispo? ¿Lo habría fusilado o simplemente desterrado? A nuestro juicio, lo más probable es que lo hubiera desterrado. Fusilar a un prelado resultaba una medida atroz que le habría significado a Carranza echarse encima no sólo al Vaticano, sino a la Iglesia estadounidense e inglesa, que eran sumamente poderosas, amén de las de otras latitudes, sin descartar a la población católica mexicana. Las cosas eran distintas con los sacerdotes de las ciudades pequeñas y medianas, de los pueblos, villas y rancherías. No pocos de ellos fueron asesinados y en el mejor de los casos, expulsados de sus zonas.